



FOTO: Archivo Particular

SER AMABLE ES MÁS IMPORTANTE QUE TENER RAZÓN: EL CORAZÓN QUE SABE ESCUCHAR

Hay discusiones que se ganan con argumentos y, aun así, dejan una derrota más profunda: la de haber herido a alguien que solo necesitaba ser escuchado. ***Tener razón puede satisfacer el orgullo por un instante; ser amable, en cambio, puede aliviar una carga que no alcanzamos a ver. No siempre quien se acerca busca una respuesta brillante.*** A veces necesita un espacio seguro donde pueda hablar sin ser interrumpido, juzgado o reducido a un error.

Vivimos en una época que premia la rapidez para responder. Se confunde inteligencia con la capacidad de replicar de inmediato, encontrar la falla en el argumento ajeno o pronunciar la última palabra. Hay quienes escuchan apenas lo suficiente para preparar su defensa. ***Mientras el otro habla, ya están reuniendo razones para refutarlo. Así, la conversación deja de ser un encuentro entre personas y se convierte en un combate donde cada quien protege su orgullo y espera el momento de imponerse.***



FOTO: Pulzo

Pero escuchar de verdad exige algo más difícil que guardar silencio: requiere presencia. Significa dejar por un momento el afán de corregir, aconsejar o demostrar que sabemos más. Es intentar comprender qué hay detrás de las palabras: una preocupación, una pérdida, una duda, una decepción o simplemente el deseo de no sentirse solo. **No se trata de adivinar ni de aprobar todo lo que el otro piensa; se trata de reconocer que, antes de ser una opinión que podemos discutir, quien habla es una persona cuya experiencia merece atención.**

La amabilidad no consiste en conceder la razón por comodidad ni en callar ante aquello que consideramos falso o injusto. **Tampoco es renunciar a las convicciones para evitar cualquier desacuerdo. Se puede defender una idea con firmeza y, al mismo tiempo, tratar con respeto a quien la cuestiona. La diferencia está en**

el propósito: ¿queremos aclarar algo y buscar la verdad, o solo queremos vencer y dejar al otro en silencio? Una conversación honesta no exige que pensemos igual; exige que no convirtamos la diferencia en una excusa para humillar.

Hay momentos en que una persona no necesita que le expliquemos cómo resolver su vida. Necesita que nos quedemos, que no le apresuremos el dolor ni le imponemos una frase hecha. Decir «entiendo» sin haber escuchado puede ser otra forma de cerrar la puerta. **En cambio, una pregunta hecha con cuidado, una pausa respetuosa o la disposición sincera a oír hasta el final pueden comunicar algo esencial: «No tienes que cargar esto a solas». Esa presencia no siempre soluciona el problema, pero puede devolverle a alguien la serenidad necesaria para enfrentarlo.**

También hace falta humildad para escuchar. Quien está convencido de que ya conoce todas las respuestas no aprende nada de los demás. **Escuchar puede obligarnos a revisar nuestras certezas, descubrir que interpretamos mal una situación o aceptar que el otro ve una parte de la realidad que nosotros no habíamos considerado. Rectificar no nos empequeñece.** Al contrario: demuestra que la verdad nos importa más que el orgullo de parecer infalibles.

La mente brillante puede encontrar argumentos; el corazón atento sabe cuándo ofrecerlos y cuándo esperar. La inteligencia sin sensibilidad corre el riesgo de convertirse en una herramienta para dominar. **La sensibilidad sin criterio puede confundir la bondad con la complacencia. Necesitamos ambas: pensar con claridad y actuar con humanidad. Pero, cuando alguien se acerca herido o abrumado, quizá lo más sabio no sea exhibir todo lo que sabemos, sino preguntarnos qué necesita de nosotros en ese momento.**

Ser amable, entonces, no es una cortesía superficial ni un gesto para quedar bien. Es una elección consciente sobre cómo usamos nuestra voz y nuestra presencia. Podemos emplearlas para ganar una discusión o para cuidar la dignidad de quien tenemos enfrente. **Podemos con-**

vertir una verdad en un golpe o expresarla de modo que todavía permita el diálogo. La forma no reemplaza al fondo, pero puede determinar si el fondo será escuchado o rechazado.

No siempre podremos aliviar el dolor de los demás, y no nos corresponde resolver todas sus dificultades. **Sí podemos evitar añadirles una herida innecesaria. Antes de responder, conviene recordar que quizá esa persona no necesita que probemos nuestra inteligencia, sino que pongamos nuestra atención al servicio de una escucha honesta.** A veces, el acto más generoso no es decir algo extraordinario, sino ofrecer unos minutos de presencia sin competir, juzgar ni apartar la mirada.

Tener razón importa; la verdad merece ser defendida. Pero ninguna razón justifica la crueldad, y ninguna victoria en una discusión vale más que la dignidad humana. Si queremos que nuestras palabras construyan y no solo se impongan, debemos aprender a escuchar con la misma seriedad con que esperamos ser escuchados. La amabilidad no debilita la verdad: le permite llegar sin destruir a quien la recibe.

La razón puede cerrar una discusión; un corazón dispuesto a escuchar puede abrir un camino. Y, a veces, eso es exactamente lo que alguien necesita.



**ABEL
ENRIQUE
SINNING
CASTAÑEDA**

 **abesica61**